

Quiero comenzar por el principio. Con un saludo a todos, con unas palabras de gratitud a los directivos de la universidad por la invitación y con un abrazo de felicitación a los graduandos, a sus padres y familiares (este grado, sobra decirlo, es de todos).

He pronunciado varios discursos de grado en los últimos años. Quizá demasiados. Siempre empiezo con una advertencia. No deben ser tomados muy en serio. Tienen un sesgo hacia la grandilocuencia. Olvidan que la sabiduría es una búsqueda personal, casi siempre fallida; olvidan, insisto, que no se puede aleccionar a los seres humanos, si acaso podemos guiarlos para que se busquen a sí mismos.

Hecha esta salvedad (siempre es conveniente moderar las expectativas), debo decir que me gustan

estas ceremonias. Me gusta sentir la energía contenida de los asistentes, las caras de satisfacción, el orgullo intergeneracional, la idea compartida, unánime casi, de que se ha alcanzado una meta importante, un momento significativo. Este es un día que recordarán por siempre. De eso está hecha la vida, de recuerdos en ciernes.

Quiero pasar ahora a mi asunto principal. No les voy a hablar de política (un asunto divisivo que exacerba nuestras diferencias y acrecienta las pasiones destructivas). Tampoco del mercado de trabajo, las perspectivas económicas o el futuro de las profesiones. Ya habrá tiempo para todo ello. Quiero hablarles de otro tema, de un asunto más personal,

más íntimo. Quiero hablarles de la vida. Con el tiempo, las luchas políticas se desvanecen, casi siempre envejecen mal. Por el contrario, el humanismo, la reflexión sobre la experiencia humana, jamás pierde relevancia, nunca envejece, mantiene siempre su urgencia, su resonante actualidad.

Vivimos en una época inquietante y contradictoria. Por un lado está el avance silencioso de la humanidad: el aumento de la clases medias, el mayor acceso al conocimiento, la disminución de la pobreza, el hambre, las guerras y la mortalidad infantil ; por el otro, el surgimiento de nuevos desafíos y amenazas: el crecimiento del populismo autoritario, el despertar del nacionalismo, la pérdida de confianza en las instituciones democráticas y el

cambio climático que se cierne, en este comienzo de siglo, como una amenaza para el futuro de la humanidad.

Sabemos que estamos en un punto de quiebre, en un momento de cambio, en una coyuntura de definiciones. Esperamos que la humanidad haya aprendido las peores lecciones del siglo xx: sobre nuestra propensión a la locura, nuestra inveterada afición a entrematarnos, nuestras tendencias depredadoras, nuestros apetitos irrefrenables...

Quiero, esta tarde, de manera respetuosa, sugerirles una visión, una forma de enfrentar estos tiempos paradójicos. Voy a llamarla optimismo trágico. El optimismo es posible a pesar de la muerte, de nuestros apetitos insaciables y del sinsentido de la

historia. El optimismo trágico enfatiza la posibilidad del progreso, la importancia de la cultura y la necesidad de celebrar la vida. Por supuesto, el paraíso es una ilusión engañosa. Pero hay salidas. Oportunidades. Formas reales e imaginadas de felicidad.

Por supuesto sabemos que nos vamos a morir. La conciencia de la finitud nos define como especie. La religión y la poesía son en esencia una manera de protestar contra el paso del tiempo. En palabras del poeta mexicano José Emilio Pacheco, “vivir es ir muriendo...”, “a todas partes vamos a no volver, estamos por vez última en dondequiera”.

Pero no solo eso, no solo tenemos que lidiar con la finitud, también con la indiferencia del universo.

Todos quienes estamos aquí, los profesores, los graduandos y sus familiares, hemos vivido lo suficiente para entender que la vida es injusta, que le pasan cosas malas a la gente buena y que, en últimas, todas las empresas humanas son incompletas, parciales, insignificantes. Los existencialistas nos plantean un problema fundamental, de vida o muerte, a saber: el sentido de la vida tenemos que inventarlo nosotros mismos. El propósito de la vida es vivirla. No hay otro.

A la finitud y a las angustias existencialistas, habría que sumar otro elemento trágico: la insatisfacción. Así nos fuera concedida la inmortalidad pediríamos más. Somos insaciables material e espiritualmente. Venimos al mundo, digámoslo así,

con un defecto de fábrica, casi una perversidad evolutiva: dejamos de querer las cosas una vez las poseemos. Deseamos algo con intensidad, creemos que su posesión nos garantiza la dicha, pero, apenas lo tenemos, dejamos de apreciarlo. Queremos ya otra cosa. Así somos. Insatisfechos casi por instinto.

La insatisfacción nos impide muchas veces apreciar los avances del ingenio humano, nos niega la posibilidad del asombro. Hace algunos meses leí una descripción maravillosa de la casa donde vivió el escritor italiano Luigi Pirandello, en las cercanías de Arigento, en Sicilia. Tuve un deseo repentino de estar allí, de caminar por el lugar, de recorrer el patio y lo salones. Cogí mi teléfono celular, entré a Google, tecleé la dirección y allí estaba la casa. Pude casi

transportarme. Recorrerla. Apreciar los detalles. Era casi como viajar. La tecnología nos ha provisto de una ventana al mundo.

Horas después del viaje, de mi avistamiento virtual de un majestuoso rincón del mundo, llamé a mi esposa para hablar un poco, para contarle sobre la rutina del día y mi pequeño descubrimiento. En la mitad de la llamada, se cortó la conexión. De manera inmediata, súbita, olvidé el milagro de la tecnología y musité enfadado: “esta cosa no sirve para nada”. No toleramos una mínima imperfección. La insatisfacción no convierte en criaturas quejumbrosas, incapaces de entender, por ejemplo, que todos cargamos en nuestros bolsillos un aparatico que nos permite un

acceso inmediato a todos los lugares, todos los libros y buena parte del conocimiento de la humanidad.

Hasta aquí lo trágico de mi visión: sabemos que vamos a morir, sospechamos que la vida es injusta e intuimos que nada puede saciarnos. Pero no estamos derrotados. Todo lo contrario. La vida vale la pena. El optimismo trágico invita a celebrar la vida. Esa es mi invitación esta tarde. Quiero darles, en particular, tres razones para el optimismo vital. Uds. las conocen, pero no sobra repetirlas. Los discursos de grado son casi siempre reiteraciones de lo obvio.

Empiezo con la primera razón, con un llamado a disfrutar los pequeños momentos, el asombro de todos los días. Hace dos años, de manera impulsiva,

en la feria del libro de Bogotá, compré un librito de poemas del poeta cubano Eliseo Diego. El libro tenía un título llamativo, un guiño existencial: “Desde la eternidad” se llamaba. No lo leí inicialmente, permaneció olvidado en algún lugar de mi biblioteca. Lo encontré semanas después y una noche empecé a leer los poemas con cierto desapego.

Encontré un pequeño soneto sobre un tema trivial, los álbumes para pegar laminas o monas. Los álbumes sobre los reinos de la naturaleza, sobre el mundo, sus regiones y su historia. El poema termina con una pregunta esencial. Veamos.

¿Por qué jamás olvidas los tigres y elefantes color
fiesta,

los galos, los asirios, las legiones,

los zepelines y áureos globos plácidos,
mientras se van en humo noche adentro,
triunfos si pobres tuyos, y catástrofes?
¿Las diminutas dichas que se aferran
con sus mínimas garras a la vida
serán el porque sí de todo?

Sobre todo en momentos difíciles, como terapia o
consuelo, me gusta hacer listas de esas diminutas
dichas:

Los momentos previos a un viaje, la promesa de la
felicidad que es la felicidad misma.

El domingo en la mañana con sus horas lentas y
felices, todavía no contaminadas por la
responsabilidad.

La luz de la mañana.

La luz de la tarde.

El trueno que nos despierta en la noche.

La lluvia que nos arrulla nuevamente.

La luna que siempre nos sorprende.

Las estrellas a las que les cantaba Ray Bradbury.

El viento en la cara, una boca en otra boca, una mano en otra mano...me gustan, en estas ceremonias, ver salir a padres e hijos de la mano, una imagen que resume casi enteramente mi mensaje.

Paso ahora al segundo componente del optimismo trágico, a la segunda razón para celebrar la vida: el amor. Hay un testimonio vital que me gusta leer con frecuencia. Es una carta de amor que se sabe

perdida, sin destinatario. Fue escrita por la esposa del astrofísico y astrobiólogo Carl Sagan años después de su muerte. Sé que no volveremos a encontrarnos, sé que nuestra separación definitiva, escribe Ann Druyan. Pero sé también, íntimamente, como solo se saben ciertas cosas, que de todos los lugares de este planeta o del universo donde pudimos haber vivido y de todos los momentos en que pudimos haber nacido, vivimos en el mismo lugar y en el mismo instante, nos encontramos en el espacio y en el tiempo, vivimos veinte años juntos, esa lo justifica todo.

Como bien dice el poeta,

Pude vivir en otro reino, en otro mundo,
a muchas leguas de tus manos, de tu risa,

en un planeta remoto, inalcanzable.

Pude nacer hace ya siglos

cuando en nada existías

Pero aquí estoy.

Déjame que te ame mientras la tierra siga

gravitando al compás de sus astros

y en cada minuto nos asombre

este frágil milagro de estar vivo.

Sin amor, escribí alguna vez, tal vez no valga la pena nuestro transito efímero por este planeta. El amor es salvación y resistencia. El amor nos protege de las opiniones adversas y la mala fortuna. Nos revela un mundo de posibilidades. Nos salva.

Termino con mi última razón, nuestra capacidad de contar historias, de mirar hacia atrás y

maravillarnos del azar y las trayectorias imprevistas. Yo estudié ingeniería civil y terminé, por un conjunto de circunstancias improbables, casi inverosímiles, siendo ministro de salud.

Muchos de Uds. tienen hoy una noción de lo que quisieran ser, tienen planes y proyectos. Algunas los cumplirán, otros no. Sea lo sea, en cualquier caso, sus vidas serán interesantes, dignas de ser contadas, irrepetibles. La vida, se ha dicho muchas veces, se vive hacia adelante, pero se cuenta hacia atrás. En 30 años, en su reunión de aniversario con sus compañeros, todos tendrán muchas historias que contar. Habrán vivido.

Muchos harán lo que quisieron hacer. Otros terminarán en destinos insospechados. Yo he

aprendido, con el tiempo, con el paso de los años, con las lecciones del azar, que uno siempre debe esperar sorpresas.

En fin, quiero resumir mi mensaje en forma de ecuación. El optimismo trágico es una invitación a celebrar la vida sin engañarse y a asumir conscientemente los desafíos de la libertad. Sí, la vida es corta, sí, puede ser injusta, sí, nunca estamos del todo satisfechos. Pero tenemos las diminutas dichas, el amor y las historias como desquite

Les deseo mucha suerte. Disfruten este día. Abracen a sus padres y hermanos. Tómense muchas fotos. Y recuerden el optimismo trágico, la invitación a celebrar la vida sin falsos consuelos ni mentiras convenientes. Felicitaciones a todos de todo corazón.



**SOMOS DIFERENTES,
SOMOS POLI.**

POLI.EDU.CO

**MIEMBRO DE LA RED
ILUMNO**

 **Sede Bogotá:** calle 57 3 - 00 Este  **(1) 744 0740**  **Línea nacional:** 01 8000 180 779

NIT: 860.078.643-1 — Viglada MEN Resolución No. 19349 de 1980-II-04